

EL CID

Mátalo tú (el amor)

MANUEL HIDALGO

gedisa
editorial

La
PELÍCULA ^{de} *Vida*
mi

Índice

El Cid: Mávalo tú (el amor)	7
Notas	123
Ficha técnica	129
Bibliografía	133

El Cid

Mátalo tú (el amor)

¿Mi vida? ¿Cuál de ellas? Mi vida de niño, mi vida de adolescente, mi vida de joven, mi vida en la primera madurez, mi vida como adulto pleno... ¿A qué vida me refiero cuando hablo de mi vida? ¿Olvidaré la vidas que he creído vivir o las que he soñado vivir mientras vivía esas otras vidas reales? ¿Y hasta qué punto eran reales?

Sólo la continuidad en la existencia de un cuerpo en transformación, en desarrollo y decadencia, me permite pensar que soy el sujeto de una vida única. Sólo la permanencia de mis constantes biológicas en un recinto de carne y hueso, escrutado por una conciencia de sí mismo y de lo que le rodea, me lleva a suponer que soy la misma persona desde que nací hasta que escribo estas líneas.

¿Pero soy, en verdad, la misma persona? Lo cierto es que he pasado por estados muy distintos de carácter, por ideas y visiones del mundo cambiantes y extrañas entre sí, por paisajes, compañías y actividades que perfilaban experiencias irreductibles a un núcleo esencial, por amores, deseos, temores y fantasías que han hecho de mí una sucesión de individuos que perfectamente podrían desconocerse entre sí de no ser porque mi memoria guarda el recuerdo de todos ellos como el equívoco recuerdo de uno solo. De ahí que la vida sea, sobre todo, memoria. Y, por tanto, recuerdo y olvido.

¿No aspiramos a vivir varias vidas? Pues varias vidas vivimos, sólo que algo o alguien nos ha hecho pensar que la muerte —con reencarnación o resurrección— es la condición para una utopía que emplazamos por delante sin reparar en que su grueso queda ya atrás. Yo ahora sé que he vivido y he muerto



varias veces sin necesidad de que mi corazón se detuviera. O, quién sabe, quizás mi corazón también se haya detenido y haya reanudado su marcha en varias ocasiones. Yo recuerdo que...

Yo recuerdo que viví una vida de niño. Una vida como niño. Y sé muy bien que aquella vida no es ésta que vivo ahora. Mi vida de niño, como todas las vidas de niños, estaba hecha de candor e inocencia, amasada por el miedo y la ilusión, por la credulidad y la confianza. Y, sobre todo, diría, por la paradoja del asombro. Un niño es un ser siempre dispuesto a asombrarse, pero, curiosamente, el asombro es un umbral que, atravesado, sitúa al niño en una realidad nueva cuyas reglas comprende y acepta. El asombro cesa conforme comienza.

El niño, pasado el primer instante de desorientación, vive en el asombro —y sin salir de él— con la misma naturalidad con la que vivía antes de atravesar el espejo. Hay que ser adulto para mirar el espejo y ser tan ciego como para verse sólo a uno mismo, y no ver nada de cuanto hay al otro lado, y no dar un paso al frente. En mi vida de niño, yo atravesé la luna del espejo para cabalgar con el Cid. Todavía más, para ser el Cid. Normal. No hay niño que no quiera ser más que un niño. Que no quiera ser más que un hombre. No hay niño que no quiera ser un héroe como no hay adulto que, salvo anomalías, no haya renunciado a serlo.

Elijo, por tanto, ahora, mi vida de niño como una de mis vidas. Como la vida desde la que elijo la película de mi vida. En la sala del cine atravesamos el espejo de la pantalla. Siempre lo hacemos cuando la película nos conmueve, cuando la historia nos maravilla o nos perturba, cuando el protagonista nos embauca, cuando la chica nos seduce. Y lo hacemos para vivir otra vida más. Tenemos muchas más vidas que siete. Más que setenta veces siete. Y todas están para vivirlas.



En mi vida de niño no vi a Gertrud, ni a Laura Hunt, ni a Rebeca de Winter, ni a Johnny Guitar, ni a Maud, ni a Annie Hall, ni a Antonio Ricci, ni a Holly Martins, ni a Liza Berndle, ni a Norma Desmond, ni a Rose Loomis, ni a Harry Powell, ni a Rosemary Woodhouse, ni a William Kurtz, ni a Michel Poiccard, ni a tantos y tantos otros a quienes después, en mis otras vidas, pude ver al otro lado del espejo en el que, por lo demás, nunca he dejado de reconocerme.

Una tarde de invierno, oscura, fría y lluviosa, una tarde de un domingo agonizante y agónico, vi, en Pamplona, mi ciudad, a un guerrero con una cruz auestas, el Cristo asaeteado, y a un fraile viejo que, entre ruinas humeantes, le preguntaba: «¿Quién eres tú?».

Y atravesé el espejo.

En mi casa no había televisión. No la hubo hasta que cumplí los dieciséis. A principios de noviembre, coincidiendo con el Día de los Difuntos, se instalaba en la ciudad una oscuridad duradera, que no cesaba hasta las flores de mayo. Lluvia, niebla y nieve, un invierno helado, largo y gris reflectado en los ladrillos de las iglesias y en las tapias de los cuarteles, en el negro desgastado de las proliferantes sotanas y en el áspero caqui de los uniformes militares.

Para ver la calle desde las ventanas de mi casa, retiraba primero un visillo blancuzco, y después debía abrir un hueco con las manos en el perlado vaho que velaba los cristales. A veces, para empezar, dibujaba un monigote o escribía una palabra corta con un dedo. Al borrarlos a continuación con la palma de la mano, que se quedaba mojada, se abría por fin un visor que chorreaba agüilla en canalitos y que me permitía ver las humaredas de las locomotoras que entraban y salían de la estación del ferrocarril. La noche cerraba antes de media tarde el día estrecho, provinciano y ordenado de los habitantes de una pe-